



FUNDACIÓN
C. LISÓN - J. DONALD

INAUGURAR

Quiero comenzar, autoridades, patronos, académicos, amigos de la Fundación, vecinos, señoras y señores reconociendo y agradeciendo su presencia para celebrar un acto inaugural, formal y solemne, presidido por Ana, nuestra alcaldesa. Ritual al que se vincula en espíritu Miguel Herrero de Miñón, patrono, que se encuentra a miles de kilómetros de distancia, en el lugar más remoto del Planeta, en la Antártida. Allí estamos presentes.

Voy en segundo lugar a dirigirme a ustedes desde el carácter que me presta mi condición de antropólogo e hijo del pueblo, exigencia elemental esta de intimación académica aquella; desde esa doble vivencia hago la pregunta ¿por qué y para qué estamos ahora aquí? Interrogarnos a nosotros mismos y a nuestros actos significantes en cuanto humanos es simplemente fascinante. ¿Qué significa poner la primera piedra? En otras palabras ¿qué pretendemos inaugurar? Inaugurar significa desde hace más de mil años en nuestra lengua - *Glosas de Silos* - augurar el futuro, antever, predecirlo intencionalmente, darle dirección y sentido, conjeturar lo que ha de ser, nos dice Alfonso de Palencia en 1490. El *Diccionario de Autoridades* de 1732 además de realzar el significado de augurio conjetural sobre el futuro retrotrae al pasado clásico cuando se inauguraban y consagraban los templos, idea que también recoge el *Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, cuyo secretario está aquí presente, añadiendo el significado de dar principio a un templo o edificio con "cierta solemnidad". En definitiva inaugurar vale tanto como augurar un excelente futuro con palabras y gestos de manera formal y con solemnidad a un edificio, en este caso el futuro Centro Humanístico. Esta milenaria gala augural requiere por su dignidad y opulencia semántica una glosa aunque sea mínima.

Un acto inaugural es antropológicamente un acto ritual lo que es de una relevancia crucial porque el rito es un universal cultural lo que quiere decir que este modo específico de actuación se da y se ha dado en todas culturas conocidas desde el paleolítico hasta ahora, lo que

quiere decir a su vez que el rito define y describe algo intrínsecamente humano, al hombre como pensante activando un comportamiento simbólico con una estructura semántica que hay que descifrar. Desde la antigüedad el rito ha tenido además no solo un halo o aroma sino hasta un carácter sacramental, esto es, un potencial misterioso transmitido por acciones, instrumentos y vehículos materiales y observables que acarrearán beneficios, saberes y potencialidades mágicas (fertilidad genérica, control de caza, obtención de lluvia, abundante cosecha etc.) a los que lo realizan y participan. En otras palabras: formas visibles e instrumentos tangibles encarnan y vehículan algo trascendente, espiritual e invisible.

Pero esta energía trascendente y universal se encarna y concreta aquí y ahora, de mil maneras, en un espacio concreto, seleccionado, exclusivo, separado de lo común, marcado como lugar, en nuestro caso, de la memoria que no aniquila ni destruye el tiempo; ámbito estructurado en permanencia como ícono o emblema perenne que subsiste como símbolo, por ejemplo, la logia renacentista y la torre mudéjar centenarias que presiden la comunidad. El edificio que inauguramos ocupa un espacio central, el casco noble del pueblo, se cimenta en roca dura y se construye con material duradero para convertirse en un lugar con alma, en un lugar de encuentro, de comunicación y convivencia, en un cenáculo de lectura reposada, fuente de cultura, ofreciendo en una palabra, lo que mejor podemos ofrecer: promover el saber *per se* y el pensamiento crítico moral desde una visión humanística.

En este protocolo inaugural estamos marcando semánticamente y revalorizando semióticamente un momento, pero un momento que supera al momento, en realidad y paradójicamente un momento fuera del momento, un momento que mira a la vez hacia atrás y hacia adelante, que dinamiza el pasado y se proyecta en el futuro, un *punctum temporis* o punto de inflexión que, contrariamente a su naturaleza fugitiva, no pasa ni muere, sino que se transforma en cuasi-eterno al elevarse sobre lo que es y pasa en la vida diaria, y en el que están presentes el pasado y el futuro, los que han sido y los que van a ser, los muertos y las generaciones venideras, de otra manera, un tiempo de intersección y vínculo que viene perfumado simbólicamente por el aroma de lo trascendente y sagrado.

Y esto que estoy diciendo no es mera retórica o puro juego de contrapuntos verbales. veámoslo. Los vecinos participantes transcendemos el presente al inaugura un Centro en nuestro pueblo, en el lugar de nuestras raíces, reactivando nuestra ontología, esto es, la conexión antropogénica con nuestros antepasados y proyectándonos simultáneamente con el deseo,

erigiendo un centro de instrucción y saber para futuras generaciones, a las que deseamos lo mejor en su futuro, que sepan construir una cosmovisión humana altruista y trascendente más allá del aquí y del ahora circunstanciales.

Más concretamente: partimos de una *pietas* o devoción cuasi-religiosa de una piedad filial para aquellos que nos han precedido biológicamente, *pietas* que incluye por nuestra misma acción inauguradora y por nuestra generosidad a aquellos remotos descendientes que no conocemos ni hemos elegido pero que son parte de nuestro pensamiento ontológico, *pietas* obligaciones filiales unas y genésicas otras que exigen sacrificio, -pregúntenlo a los vecinos-, *pietas* obligaciones *in solidum* de una comunidad solidaria que se trasciende libérrimamente a un plano moral de reciprocidad superior, de carácter religioso, porque nótese, lo hacen sin obligación alguna contractual, sin constricción social o imperativo cultural, pura obligación de la piedad humana, que nos hace humanos, libres de coacción o necesidad, valor conectivo comunitario que se pierde hoy en la globalización imperante. Hacemos pueblo.

Hacer pueblo quiere decir, sígo en eje semántico, rememorar su microhistoria y vocabulario expresados en sus formas colectivas de ser y modos vitales de estar; quiere decir bucear por sus raíces, por su identidad y pertenencia, formas y modos que en buena parte controlan nuestras vidas y esto es así porque en este espacio aprendemos nuestros procesos primarios tanto emotivos como mentales y experimentamos las relaciones primeras básicas en nuestra familia nuclear piedra angular con su código de valores morales y estatutos de convivencia´

El pueblo tiene más de mil años y no solo no muere sino que rejuvenece generacionalmente con nuevas aportaciones que vienen de fuera, sabia nueva que lo robustece. Nos encontramos en una excelente coyuntura para todos juntos, antiguos y modernos,, no solo hacer sino crear pueblo en una nueva unidad respetando la diversidad, energetizando elaboraciones nuevas, edificando en armonía un futuro regido por los mejores valores cívicos, productores de vecinos documentados, instruidos y cultos. A esto quiero contribuir con mi pequeño óvulo, con mi biblioteca y con mi Fundación.

Recordemos que la Humanidad se sigue rigiendo por unos pocos grandes libros, por la Biblia, el Corán, por los mitos Veda, por los libros que atesoran sabiduría humana, el manjar del espíritu, que nos conectan con la vida en sus más profundas experiencias. Nadie Acabará con los libros me decía Umberto Eco recorriendo la Ruta de la seda. "Libros, libros!" pedía a su familia

Dostoevsky desde su prisión en Siberia y García Lorca dijo en su pueblo, se ha repetido: "Yo, si tuviera hambre y estuviera desvalido en la calle no pediría un pan, sino que pediría medio pan y un libro".

Pero hay algo más: el pueblo es el espacio de verdad ecológica acumulada y de certidumbre tradicional, de cultura folk local, el anclaje de nuestro pedigree espiritual y metafísico manifestado en sus creencias pluriseculares y fiestas y santos patronos, auroras y procesiones y en sus diversiones y juegos, realismo existencial que no excluye diferencias y humanos conflictos. Sé que la interna solidaridad puede decrecer y decrece con la globalización, que hay otras escalas para medirla, que conllevan alto precio personal y duda moral. Nada hay perfecto desde luego pero me seduce la idea de que con el Centro que inauguramos pueda contribuir aunque sea módicamente al enriquecimiento cultural del pueblo, a su afirmación solidaria y sentido de pertenencia con valores morales que ennoblecen nuestras vidas, conforman nuestras emociones y sentimientos, nos hacen menos egoístas y mejores vecinos. Sigo pensando que el altruismo relacional, que pensar en y ayudar a los demás nos hace no solo mejores vecinos sino más humanos. Cultura, en sentido antropológico, es mi inyunción, cultura es mi lema. Todo objeto, suceso y problema tiene una vertiente antropológica, todo deseo, intención, empresa y actividad viene marcado por la sociedad en que se produce y por los ideales y valores culturales que lo inician y presiden, todo es susceptible de antropologización que revela el lado humano de todo pensamiento y acción.

Pueblo por último, tiene un capital simbólico y carismático encriptado, transcendente que quiero sintetizar resumiendo un concepto latente en lo que ya he dicho, en su complejidad y significado invitando a los alfindenses a que evalúen en su complejidad y riqueza el significado de este acto inaugural. El pueblo al que pertenecen, la identidad que adquieren al formar parte de una comunidad concreta que hunde sus raíces milenarias en el pasado continuará en el futuro. Somos jurídicamente inmortales, esto es, formamos una cadena que nos teje con los habitantes pasados y nos ensambla con los futuros porque las corporaciones son entidades que continúan, que no mueren.

Es este momento auroral que celebramos, generador de pasado y de futuro y gesto fundador a la vez de concienciación personal y de afirmación colectiva del nosotros, momento en el que la mirada al pasado alcanza sentido y profundidad si ofrece un programa de

futuro uniendo la piedad que exige continuidad y adaptación entre el uso y la creencia tradicional y la modernidad actual, entre la razón y la moralidad.

Es precisamente este aspecto de totalidad sucesiva tan individual como colectiva el que pretendo simbolizar y dinamizar con la institucionalización de la Fundación: que esta sea primero, el icono y emblema que nos una y nos defina, que nos convierta a todos en algo así como una persona colectiva y, segundo, levantar y tener un Centro en que se cultive e imparta el saber humanístico. La cultura de valores personales y cívicos, de conocimientos científicos y artísticos, de saberes tradicionales del pueblo y de problemas actuales seleccionados por y para el pueblo. Es al pueblo al que toca granjear el legado que tiene en la palma de la mano.

Este es mi pueblo y aquí quiero dejar mi testamento espiritual. Aquí nací y aquí descansan Julia y mis padres y con ellos quiero tener el reposo de mis trabajos y mis días; es el lugar de mi memoria primaria y la razón de mi ser personal. En mi casa recibí las primeras lecciones de orden moral. Aquí aprendí con don Cipriano mis primeras letras; tuve a los cinco años una profunda y duradera impresión que guardo del momento en que me di cuenta que sabía leer al entender el significado del texto que leía. Recuerdo el espacio, el momento y el contenido del texto con fruición inmensa, elemental, duradera. Recuerdo también que todas las mañanas esperaba con algún otro niño a la puerta de la escuela a que Don Francisco la abriera para subir a la escuela: queríamos simplemente saber. El maestro sugirió a mis padres que tomara parte en un examen en Zaragoza; mi padre que quería que "sus hijos supieran más que él" me llevó en el carro de mi abuelo a hacer el examen que a los diez años me concedió mi primera beca colegial, beca que marcó mi vida con un permanente deseo de saber.

A este pueblo quiero brindar lo que mejor que puedo, apasionarlo con el deseo de saber.

Autoridades, querida Ana, señoras y señores, mi cordial reconocimiento e intensa gratitud por el privilegio de haber aceptado la hospitalidad del pueblo en este acto inaugural.